



Pintura de una calle de Tomelloso, su pueblo natal.



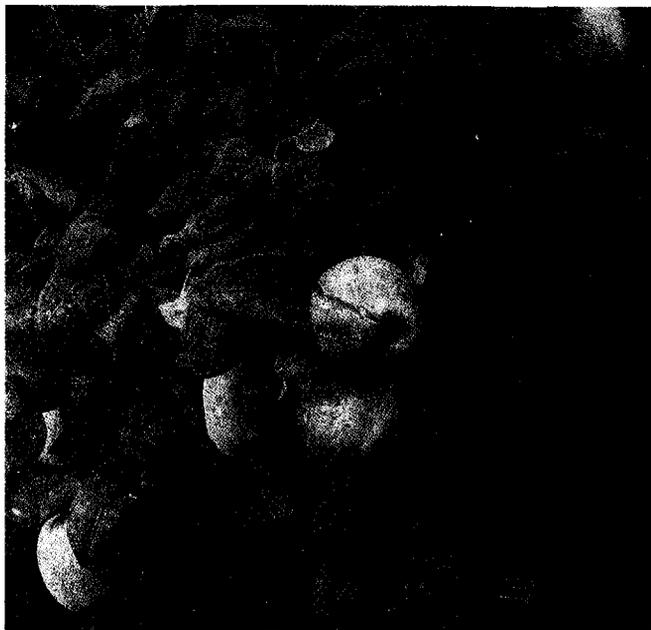
Foto reciente de Antonio López y María Moreno, su mujer.

"Siento un gran respeto por la realidad, porque la realidad es la que tiene que dar todo. De ello tienes que tomar lo que más te guste".

De esta forma define el pintor manchego -y universal-, su pintura. Antonio López García nació en Tomelloso (Ciudad Real) y fue en esta localidad manchega donde inició su formación pictórica. Su maestro fue su propio tío, el mítico Antonio López Torres, considerado como uno de los grandes genios de la pintura realista.

Con doce años se traslada a Madrid para preparar su ingreso en la Escuela de Bellas Artes de San Fernando. Su madurez artística en su temprana juventud, hizo que todos le llamaran Antoñito, calificativo que aún hoy conserva.

Antonio López ha retratado, desde muy joven su entorno familiar y rural, además del paisaje urbano de la capital. Todo ello con envidiable brillo e intensidad. Puede decirse que la crónica familiar es el "leit motiv", el determinante de una pintura tan real como la vida misma, en la que los sueños se mezclan con lo cotidiano. A partir de los años sesenta, su sentido de la veracidad le ha llevado a la realización de obras insuperables. Su planteamiento del arte se basa en una concepción ética y existencial de la realidad que puede considerarse dentro de la tradición española de los pintores del Siglo de Oro. Antonio López nos descubre en sus lienzos la importancia del mundo cotidiano que nos rodea.



"El Membrillero", una de sus obras.

Personajes de Castilla-La Mancha

ANTONIO LOPEZ

NUESTRO PINTOR MAS UNIVERSAL

Hombre sencillo en sus costumbres, es un seductor nato, un artista que despierta la admiración e inclinación de ánimo favorable a todos sus actos. En una foto reciente Antonio López aparece vestido de explorador o buhonero en la confluencia de la Gran Vía y calle de Alcalá, en Madrid. Con el pelo canoso y despeinado, con una gabardina que le viene grande, con botas rurales y el cinto de una especie de morral cruzándole el pecho, a Antonio López García se le nota en seguida que no dejará de ser forastero. Tiene ese aire de viajero asombrado, de hombre de campo transterrado, de campesino y artesano absorto que puede pasarse horas y horas sumergido en su labor.

La biografía de Antonio López, al igual que su obra, no ha seguido altos y bajos. Su vida no ofrece aspectos novelescos y bohemios y puede considerarse como la de cualquier persona normal. De manera lineal y continua ha ido creando una obra que desde un principio siguió la opción del realismo.

La plaza de Atocha, puerta de Madrid, el Paseo del Prado, la Cuesta de Moyano o la calle de Embajadores, eran todo un abanico de variopinta faz. Antoñito durante muchos años residió en este barrio, primero en sus tiempos de estudiante y después, ya casado, ha sido muy afín al mundo de esta zona de Madrid, verdadera puerta que pone en contacto la urbe capitalina con el dilatado campo manchego.

"Hay pintores que trabajan como un poeta. Lo tienen todo en la mente. Yo no, yo siempre he necesitado el apoyo de la realidad, siempre he partido de cosas reales, aunque luego las cambie. Para mí lo interesante es el tiempo que he estado junto a un árbol, un objeto o la persona que pinto. Lo que más me importa es la relación que se ha establecido con el modelo, esto es algo que nadie te puede quitar.

Yo tengo que acomodar mi horario al de la luz que quiero captar, soy como un cazador a la espera de los que quiero atrapar. Esto implica una forma de trabajar diversa y aparentemente anárquica, pero evita la mecanización. Nunca llegas a encontrarte demasiado cómodo, nunca llegas a profesionalizar algo tan especial como es la emoción".

Hombre imaginativo, al que le gusta el cine y la literatura, ha conseguido el sueño de todos los maestros: que alguien frente a un cuadro que represente una alacena, un personaje rústico, un membrillero o una calle madrileña, exclame antes de ver la firma "¡Es un Antonio López!".

A.A.